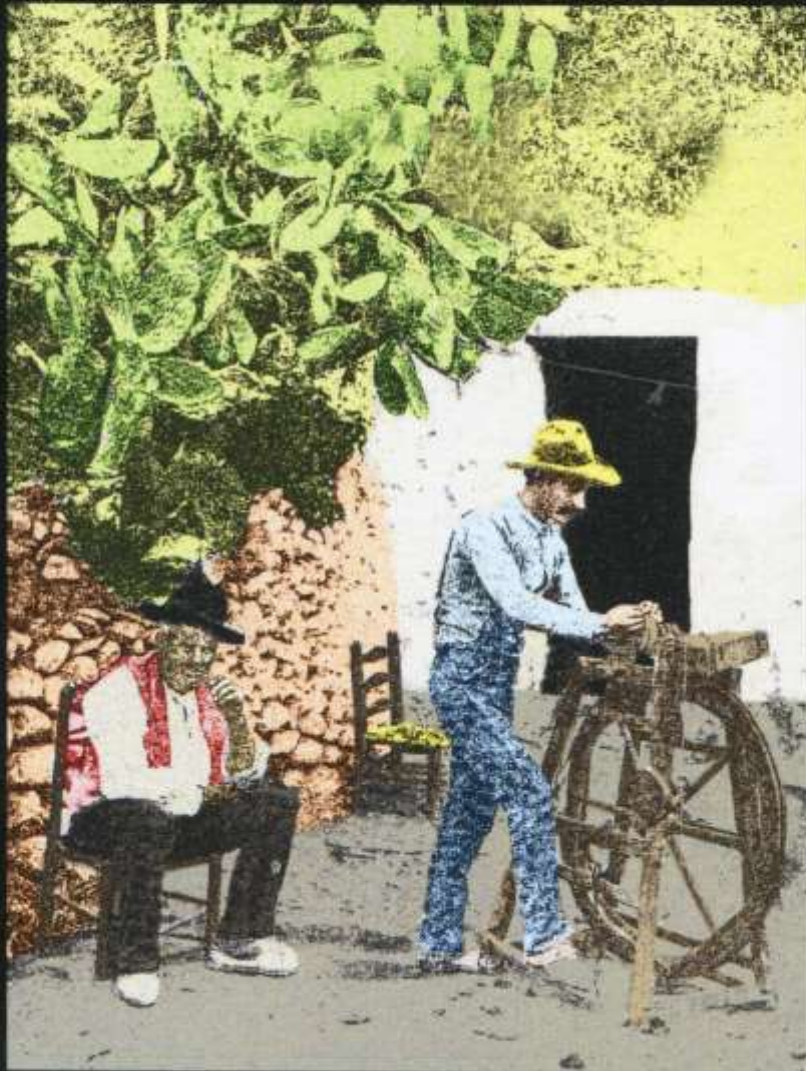


Juan Manuel Jiménez

La flor de los celindos



INFORMACIÓN PREVIA AL LECTOR

“La flor de los celindos” es una novela inspirada en hechos reales. No es un libro de Historia ni una biografía cabal de sus protagonistas. En otras palabras: *los sucesos, particulares o históricos, se han modificado en aras de la narración.*

Como ocurre en este género, se entremezclan en el texto personajes auténticos y de ficción, pero con todos ellos el autor se vale de las herramientas clásicas del novelista para alterar la realidad y ponerla, según su criterio y conveniencia, al servicio de una trama coherente. Por eso, cuando hizo falta y se podía, para salvaguardar la memoria de muchos, omitió o cambió las señas de identidad de las personas (nombres, apellidos, apodos, fechas y lugares), y fabuló sucesos, diálogos y peripecias si tal cosa favorecía a las circunstancias del relato. Así pues, debería resultar obvio que, por ser novela, las opiniones, gustos políticos, afinidades religiosas, filias o fobias vertidas por los personajes en las páginas del libro no son, necesariamente, las de su autor.

Para amoldar la novela a los usos de la época se utilizan, en ocasiones, *arcaísmos* y *localismos* de la Axarquía malagueña, estupendas palabras moribundas cuyo significado intuirá el lector gracias al contexto de la acción. Y, dado que el relato abarca una amplia franja temporal (1875-1975), también los *topónimos* intentan ser fieles a los vigentes en cada momento, pero evitando en lo posible confusiones innecesarias. Se mencionan, por ejemplo, los vocablos “*Cabildo*” o “*Casa-Cabildo*”, nombres que daban los antiguos moradores de Canillas de Aceituno y de Sedella a sus Ayuntamientos. También se hace referencia a los “*Montes Bravos*”, a las “*Sierras de Bentomiz*” y a la “*Tejea*”, que es el actual conjunto “*Sierra Tejada-Almijara*”. También *el callejero* de pueblos y ciudades cambia con periodicidad, según los avatares políticos, pero le ha parecido más lógico al autor mantener la misma terminología en la novela. Así, la “*Calle Larios*” de Málaga será siempre, en el relato, la “*Calle Larios*”, aunque la República la rebautizase “*Calle 14 de Abril*”. Bajo esta premisa se entenderá el uso constante de la expresión “*Plaza Principal*” de Canillas para nombrar la actual “*Plaza de la Constitución*”, y el de “*Plaza-Cementerio*” para aludir a la actual “*Plaza de D. Francisco Gallero Badillo*”.

Puede causar extrañeza –y merece aclaración– que los personajes de la novela se comuniquen con Sedella y con Canillas de Aceituno sólo a través de telegramas o cartas: el hecho cierto es que no hubo líneas telefónicas en esos dos municipios hasta los años cincuenta, y el autor ha preferido dejar así las cosas.

Por último, para ayudar al lector a visualizar los movimientos de los protagonistas (y de las tropas combatientes en la provincia de Málaga durante la Guerra Civil), se incluyen a continuación tres sencillos mapas con las ciudades y los pueblos mencionados en la novela: uno general de España, otro de la provincia de Málaga, y un tercero, algo más detallado, de la comarca de la Axarquía.

También se aportan, como lectura previa, un breve cronograma histórico y una “*dramatis personae*” con los protagonistas principales.

Málaga, 30 de abril de 2017.

[...]

En el verano de 1875, cuando comienzan los sucesos que luego os referiré, ya han transcurrido ochenta y seis años desde la Revolución Francesa y la “*Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*”. La fuerza inexorable del progreso –fértil, pujante y vigorosa– nacida de aquella Revolución germinal, se ha extendido por las monarquías de la vieja Europa alentando el espíritu emprendedor de las jóvenes repúblicas americanas.

–“*Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en cuanto a sus derechos*” –dijeron aquellos antiguos visionarios franceses en sus primeras Asambleas, aboliendo por Decreto el Antiguo Régimen feudal.

Sin embargo, en los confines de la Axarquía malagueña, en los pueblos blancos de Canillas de Aceituno y de Sedella, a los pies del pico de “*la Maroma*”, corrían tiempos difíciles en aquel 1875. Años crudos de molinos harineros y caleras en el barranco del “*Mohay*”, de neveros y leñadores con sus mulas por la sierra, de manadas de lobos que aullaban a la luna en los riscos de la “*Tejea*” mientras la libertad y la justicia importaban a muy pocos.

Ésta es la historia de aquellos hombres y mujeres de mi comarca. O al menos la parte de la historia que mi madre conocía; la que a ella le contaron de primera mano sus mayores; la que me explicaba a mí, cien años después, una tarde desapacible de noviembre de 1975 ante el televisor de nuestra casa, durante el Funeral de Estado del General Francisco Franco Bahamonde, cuando los operarios del Valle de los Caídos deslizaban por el suelo una inmensa losa de granito y hasta nosotros llegaba, con meridiana claridad, el golpe de la lápida al

descargar su peso colosal sobre la sepultura del dictador, del militar que ganó una guerra en España en 1939, del hombre que nos había gobernado a todos con mano de hierro durante casi cuarenta años y que acababa de morir en esos días. Aquella losa enorme de piedra berroqueña sellaba su tumba para siempre, y cerraba además una época gris de nuestra Patria.

—Anda, hijo —me dijo mi madre desde la cocina—. Apaga ya la tele.

—Vale —respondí yo, obediente, levantándome de la silla para desconectar el aparato. —Y luego, mientras volvía a mi asiento, pregunté—: Y ahora, madre, ¿qué pasará?

—No lo sé, hijo —respondió ella con prudencia—. Nadie lo sabe. Puede que cambien las cosas a mejor. Puede que no. Hasta he oído decir que otra guerra civil va a ser inevitable.

—¿Otra? —dije yo, que sólo conocía de nuestra Guerra Civil lo poco que el Régimen, en sus postrimerías, me quiso contar de ella en mis años escolares—. No lo creo.

—¿Y por qué no? —dijo mi madre con un punto de ironía, abandonando por un momento sus quehaceres y acercándose a la mesa del salón, junto a mi silla—. Pelearse es cosa de españoles, ¿sabes? Con nosotros, todo es posible. Basta sólo poner el empeño suficiente. Basta con que media España ignore los sentimientos de la otra mitad. El olvido llevará al odio; y del odio a la guerra, hijo mío, sólo hay un paso. Un pasito nada más. Y la guerra, créeme, es lo peor de lo peor. Nada hay comparable en este mundo al estruendo de las bombas. Nada. Bueno, no lo sé. El hambre tal vez sí. Acaso el hambre sea comparable.

—¿Y fue eso lo que sucedió entonces? —pregunté yo—. ¿Una mitad se olvidó de la otra mitad?

Ella cerró los ojos e inspiró. Pareció evocar recuerdos viejos, historias lejanas que ahora, al cabo de los años, sin comprender bien la razón, revivían con fuerza en su interior. Había callado por miedo o por costumbre, o por no agrandar heridas ni avivar ocultos resquemores. Tal vez tan sólo porque yo, su hijo, pequeño aún, carecía de madurez para entenderla del todo. Luego, tras unos segundos de profunda reflexión, abrió los ojos, inclinó su rostro y me miró a la cara. La memoria de su padre, a quien apenas conoció, pasó fugaz por su cabeza. Y entonces, muy despacio, se despojó del delantal, tomó asiento, exhaló el aire de sus pulmones y habló de esta manera:

–Sí –afirmó mi madre con decisión–. Eso fue lo que ocurrió. Que se olvidaron de ellos y los humillaron durante décadas. Óyeme bien, hijo: mucho antes de aquella horrible salvajada, de la Guerra Civil que a todos nos marcó, aquí donde vivimos, en la Axarquía, las gentes bailaban al son de los caciques sufriendo sus abusos y arbitrariedades, malviviendo con jornales escasos e inseguros. Y ganaban el pan, cuando podían, en oficios que ahora te parecerían inverosímiles. En labores que tú, hijo mío, ni siquiera podrías imaginar.

–Bueno –dije yo, vencido por la curiosidad–. Pues entonces, cuéntemelo. Quiero saberlo todo.

Y mi madre, aquella tarde inolvidable de noviembre, sentados el uno frente al otro ante la tele apagada, comenzó de esta forma su relato:

–Hubo una vez un hombre escondido en la “*Tejea*” –dijo entornando los ojos, bajando la voz, secreteándose conmigo–. Andaba huido por nuestra sierra desde hacía muchos años. Se llamaba Tristán, y podría decirse que, en cierto modo, gracias a él supe cosas que ahora, hijo, vas a saber tú.

Yo estaba absorto, aguijoneada aún más la curiosidad por aquel velo imprevisto de misterio. Mi madre había captado toda mi atención. Ella, entonces, prosiguió:

–Una tarde plomiza de febrero, con el cielo encapotado y la tormenta a punto de descargar, llegó a nuestra casa un capitán de la Guardia Civil. Era el gallego rubio que, desde mucho tiempo atrás, perseguía a Tristán por la “*Tejea*”. Acababan de capturarlo.

Las horas corrieron lentas, despaciosas. Mi madre, poco a poco, me desgranaba sus recuerdos. Yo había cumplido, en ese ya lejano 1975, catorce años de edad. Mi nombre, por ahora, carece de importancia.

[...]

1875; día 7 de julio. Aldea de Zumelzu (cerca de Álava).

Batalla decisiva entre el ejército de Alfonso XII y el enemigo carlista.

–¡Que callen nuestros cañones! ¡Que cese la artillería! –ordena el general Quesada sobre su alazán de largas crines, en el cerro de la ermita de San Formerio–. ¡Y que avance la infantería por ambos flancos! ¡Hay que rodear al enemigo!

–¡A sus órdenes! –responde el ayudante de campo–. Pero debe ponerse a cubierto, mi general. En esta ermita estamos muy expuestos.

–Ni hablar, señores –dice Quesada refrenando el caballo, pues piafa y corcovea por el estruendo de los cañonazos y los silbidos de las balas enemigas que, como rayos, cruzan el campo abierto de Zumelzu–. ¡Necesito que mis hombres me vean! ¡Hay que ganar la posición rebelde sea como sea! Esos carlistones, óiganme bien, encontrarán aquí su final. Los absolutistas han de entender que sólo el perdón del Rey legítimo, de Alfonso XII, podrá dar por concluida esta contienda de tantos años.

Zumban las balas en los alrededores del Estado Mayor, disparos que provienen de la derecha y de la izquierda de Quesada, pero el militar permanece hierático en el promontorio, impávido ante el peligro, visible ante sus soldados.

Un teniente de enlace del Estado Mayor, que galopaba hacia el frente con un mensaje de Quesada, ha cruzado su destino con una bala de cañón del enemigo. En décimas de segundo, despedido por la grupa, sólo queda de aquel joven un reguero informe de vísceras y sangre sobre la hierba de Zumelzu, amasijos de caballo y de jinete a pocos metros de Quesada.

–Hemos de retroceder un poco, mi general –insiste, asustado, el ayudante de campo–. Si a usted le sucediese algo...

–Nada me ocurrirá, ¡qué demonios! –dice Quesada mostrando una espléndida sonrisa, sujetando con fuerza las bridas de su animal, a punto de encabritársele, palmeándolo en el cuello para tranquilizarlo–. Hoy llevo mi pistola de la suerte, la de las cachas nacaradas. Jamás perdí con ella una batalla. Y además, señores, si no me equivoco, nuestro avance por el flanco derecho ya está dando resultado. Ya se libran combates cuerpo a cuerpo. Los carlistas titubean.

–Así es, mi general –confirma un coronel del Estado Mayor mientras observa la maniobra con su catalejo–. Es una carga a la bayoneta en toda regla. El enemigo flojea por ahí, es cierto. ¡Hay una pequeña brecha!

–Pues por esa brecha pasaremos –dice el general desenfundando su pistola de la suerte, alzándola sobre su cabeza a modo de talismán–. Como me llamo Genaro Quesada que pasaremos. ¡Es la hora de la caballería, señores! ¡Que carguen los lanceros del Rey! ¡Adelante todos! ¡Adelante tras de mí! ¡Por el Rey! ¡Todo por el Rey! ¡Viva Alfonso XII!

Y clavando las espuelas en su animal para arrancarlo, dando vivas y lanzando gritos, se abalanza Quesada colina abajo con la intención de arrollar al Tercer Batallón Carlita.

—¡Por el Rey! ¡Por el Rey! —corean los noventa y ocho lanceros de Alfonso XII sobre sus caballos, picando espuelas también, lanzándose al galope tras Quesada—. ¡Viva el Rey legítimo! ¡Viva Alfonso XII! ¡Abajo el carlismo!

Y de esta manera heroica, por los campos abiertos de Zumelzu, cabalgan muy de mañana los lanceros alfonsinos hacia una victoria segura.

Esa carga del general Quesada, épica y temeraria, será sin duda el principio del fin del ejército carlista: ahí comienza el declive de sus armas y la deserción de sus líderes. Sólo siete meses después, invicto y poderoso, Quesada entrará en Bilbao, ya con Álava y Vizcaya dominadas. El pretendiente carlista al Trono, Don Carlos María de Borbón, huirá entonces para siempre hacia el exilio de Francia.

1875, finales de julio. Cerca de Vitoria (Álava).

Campamento de los carlistas derrotados. Semanas después de la batalla de Zumelzu.

—¿Te marchas ya, José? —dice el capitán Vivanco asomando la cabeza desde afuera, alzando por completo el lienzo de la tienda de campaña, sacudiéndose las botas y entrando con confianza.

El aludido, un joven soldado del Tercer Batallón Carlista, vuelve el rostro y sonríe al recién llegado. La fuerza de la costumbre —dos años de servicio— hace que se cuadre antes de responder en tono marcial:

—¡A sus órdenes, mi capitán! En efecto. Recojo ahora los pertrechos y mis cuatro cosas. Pensaba ir más tarde a la tienda de oficiales, a despedirme de usted.

—Descansa, hombre, descansa —dice el oficial mientras pasa y se destoca—. Y recuerda que acaban de licenciar al Batallón. Ni tú eres ya soldado, ni yo capitán. Así que apéame el grado y retírame el saludo.

—Usted siempre será mi capitán, don Estanislao —dice en voz baja José, relajando el tono y la postura, con afecto y admiración por su superior.

Vivanco toma asiento en el único taburete disponible y, mientras seca el sudor de la frente con un pañuelo, reflexiona de nuevo en voz alta lo que tiene de sobra meditado:

—Lástima que todo se vaya al garete, José —se lamenta el militar—. El general Quesada nos la ha jugado buena, sí señor. Hay que reconocérselo: nos venció en buena lid. Un gran militar ese Quesada, es innegable. Los tiene bien puestos, no cabe duda. Y con Don Carlos, nuestro rey, en franca retirada, nada queda

por hacer. ¿No crees, José? Queramos o no, estamos en manos de Alfonso XII. Una lástima, sí. Una verdadera lástima. ¿No opinas tú eso, José?

–Yo opino lo que usted opine, mi capitán.

Vivanco sonríe. Aquel hombre es de una lealtad perruna. Tiene otros defectos, él bien lo sabe, pero es leal. De eso no hay duda.

–¿Te llevas la mula? –pregunta luego el capitán.

–La “*Rufa*” va conmigo, sí señor –responde José—. Conmigo vino y conmigo se marcha.

–Es mucha distancia hasta Andalucía.

–Tiempo me sobra, don Estanislao. Iremos despacio.

–¿Llevas el papel que te di?

–Ni para dormir lo suelto –responde José señalando la hendidura de su cinturón, junto a la hebilla—. Como el Rémington en las batallas.

–Entonces nos veremos en Málaga, ¿verdad?

–Sí, si Dios lo quiere.

Estanislao Vivanco se yergue un poco en aquel asiento incómodo, echa los hombros atrás, mira al soldado y baja la voz cuando le habla:

–Para ir ganando tiempo conviene que, en cuanto llegues, busques gente de tu absoluta confianza –sugiere el capitán.

–Sí, mi capitán. Eso pensaba.

–Gente brava, ya sabes –insiste Vivanco—. Dispuesta a todo.

–Sí, don Estanislao. No será difícil encontrarlos si la paga es buena.

–Lo será. Pierde cuidado –confirma el oficial.

–Confíe en mí, don Estanislao –lo tranquiliza José con una sonrisa—. Canillas de Aceituno será del Marqués, si me acepta a su servicio.

–Te aceptará, José, te aceptará –afirma Vivanco, convencido—. Eso corre de mi cuenta. Cuando don Manuel Domingo te conozca, sabrá lo mucho que vales.

José Marín Pardo, el soldado fiel que ya se marcha, agradecido por el elogio de su superior, asiente y sonríe. Su capitán, con el cansancio de las últimas semanas reflejado en el rostro, se levanta del taburete y habla:

–Bueno, José. No alarguemos más la despedida. Que te vaya bien en el viaje. Procura no entretenerte mucho en el camino. Y cuídate de las mujeres, que te conozco. Sobre todo, no te metas en líos. Anda, hijo, dame un abrazo.

–Me portaré bien, no se preocupe –dice el joven soldado, estrechando con fuerza a su amigo y superior, palmeándolo en la espalda.

–Entonces, hasta noviembre.

–Hasta noviembre, mi capitán.

